

Candela Sanchez Fourgeaux
De amor y resistencias

Candela Sanchez Fourgeaux
De amor y resistencias



Fue en el año 2014 cuando escribí el manifiesto de este libro, sus intenciones. No estaba segura de nada, excepto de algunas cuestiones:

1) Tenía 24 años, un trabajo “serio” en una oficina grande y “de lo mío”, mientras finalizaba la cursada de la carrera de Comunicación Social. Era oficialmente adulta. O eso pensaba.

2) Una de mis mejores amigas de la universidad había comenzado a fumar un cigarrillo electrónico rosa que su padre le había comprado en California. Este parece un dato banal, pero a mí, me daba un mayor contexto de adultez.

3) Pensaba que este libro era sobre crecer en la era *millennial*. Un paradigma de la ansiedad digital.

4) No estaba tan segura al respecto.

5) Me consideraba grande. Y para pensar y hacer las cosas en grande, el libro debía tener un manifiesto.

Durante cinco años, escribí y reescribí el libro un montón de veces con la única certeza de sentirme cada vez más confundida. Lo que primero me encantaba, luego pensaba que era horrible, y la inseguridad llamaba a mi puerta. Mientras tanto, dedicaba mi vida a escribir mis pensamientos en Instagram y a viajar, a viajar mucho. De 5000 personas en el año 2012, a casi 160 000 en 2018, y el libro comenzó a ser una demanda efectiva. Muchas cosas fueron cambiando en el transcurso.

Nunca aprendí a usar bien ningún sistema de acumulación de millas.

Cuando me preguntaban de qué se trataba el libro y si era referencial, respondía algunas vaguedades. Que sí, que era referencial porque es el género que más incómoda me pone. Porque todos los escritores hablan con un “yo” y sobre sus experiencias; un gato puede simbolizar un amante, pero no pierde su condición de amante. Que el libro intentaba abordar el crecimiento en la era *millennial*. Que no tenía la más puta idea.

Mientras tanto, me distraía en Instagram. Y ganaba confianza. Y ya no viajaba para conocer: viajaba, como dice Deleuze, para pensar, para escribir.

Es curioso que ese prólogo que llamé “Guag, guag”, debido a un recuerdo de primer año del secundario, me resulte hoy tan distante, tan lejano.

Cuando comencé a escribir el libro con flamantes 24 años, pensaba que era una mujer grande, independiente, segura y soberana, en pareja y con una convivencia feliz, con un buen trabajo; todo era una foto Kodak con filtro de Instagram. Atrás quedaba la adolescencia ruidosa y mi “primera adultez”. Estaba muy, muy equivocada.

Durante el año 2017, una serie de sucesos pusieron mi mundo patas para arriba. Esto es literal: me atravesó un tsunami. Me separé de la postal Kodak de Instagram, comencé a vivir sola por primera vez y atravesé lo que catalogué como una suerte de alcoholemia social. Tuvo que transcurrir otro año más para que recién me animara a deconstruir de verdad y a desarmarlo todo. Descender a un túnel sabatiano, ver algo de luz y comenzar nuevamente en una ruta solitaria.

Sigo siendo amiga de la chica feliz de cigarrillo electrónico rosa y me sorprende lo jóvenes que éramos cuando escribí el comienzo del libro; la idea del manifiesto se me ocurrió un mediodía que almorzábamos juntas sentadas en la fuente de Plaza de Mayo, entre las palomas y la jungla de asfalto.

Habíamos escapado de nuestros respectivos trabajos para comer una ensalada barata que comprábamos en una rotisería china del Microcentro porteño; fue un instante en el que nos percibimos grandes y fuertes. La imagen es más bien patética, pero el poder de nuestra autorrepresentación es lo que cuenta.

Atrás, en teoría, habían quedado las dos universitarias que tomaban cerveza en el bar El Álamo, que pasaban noches enteras repasando a Derrida y que tenían la lágrima fácil.

Fue en 2016 cuando a ella le diagnosticaron esclerosis múltiple. Casi no recuerdo el día que recibí esa noticia. Metí esa información en alguna parte de mi inconsciente y, por momentos, me gusta creer que nunca pasó... como ese fragmento de *Pregúntale a Alicia*: “Tengo la impresión de estar perdiendo interés por todo. [...] Tal vez se deba a que estoy creciendo, a que la vida se está volviendo más asquerosa”. Desencantamiento del mundo, diría Weber.

El cigarrillo electrónico rosa se esfumó junto con cierto resplandor del tesoro que implica ser joven, y pese a que prometimos dejarlo, cada vez que nos vemos, salimos a fumar un cigarrillo de los de verdad.

Hubo un momento en el que entendí que su presencia en el manifiesto tenía un propósito, que era el de darle las gracias.

En marzo de 2018, regresaba desde Frankfurt, Alemania, a Buenos Aires dispuesta a romperlo todo cuando lo supe: no era un libro sobre crecer, era un libro de amor. Siempre había sido un libro de amor.

Desde que tenía 10 años, ya escribía en mi diario íntimo todos mis sentimientos escolares no correspondidos: celos, traiciones, enigmas, registros. Vuelvo a revisar el que tiene la tapa de Garfield y ahí estoy, siendo la misma: sintiendo mucho, creyendo que ser vulnerable “está mal”, buscando un príncipe azul con la certeza de que no existe, algo que intuía desde que era una niña.

Recuerdo que en preescolar me gustaba un compañerito y lo corría por todo el patio del jardín de infantes. Eso era el amor: correr a quien quería, con mariposas en el cerebro y unas ganas locas de abrazarlo. No importaba que no fuera correspondido. “Correr, amor”, lo demás no importa. Los años nos ponen miedosas, altaneras, arrogantes, especuladoras y cínicas.

Tengo una muy buena razón para escribir sobre el amor. Porque al desarmarlo todo, en el avión, en el no lugar, sentí por primera vez que amar era vivir con ilusión. Y aunque amar fuera correr, quería vivir todos los días con ilusión. Escribir con ilusión.

Casi como una epifanía, a los 13 años, tuve la sensación de que alguna vez me enamoraría. Había visto demasiado tiempo a “eso de amar”, en la televisión, en Hollywood, incluso en los dibujos animados, y hasta Rowling lo narraba en *Harry Potter*. También lo hacía *Sabrina, la bruja adolescente*. Entonces decidí escribirme una carta a mí misma, a una yo del futuro, invocando deseos. Es una práctica que me enseñó mi abuela María y que, actualmente, sigo aplicando.

En la lista de deseos, que incluía sacarme siempre diez en el colegio y la salud eterna para mis abuelos, escribí: “enamorarme”. La guardé bajo la consigna de que leería los deseos una vez transcurrida la fecha de expiración: 365 días. Esto sucedió en enero de 2013. En enero de 2014, estaba efectivamente enamorada.

Quince años después, podría pensar que todo aquello fue una fantasía, pero no; fue un amor fatal, sagrado, tremendo. Aún en mi recuerdo nostálgico lo es.

Conocí a Juan un fin de año en el que mis padres estaban peleados, al borde del divorcio, y lo pasé con mi madre y mi hermano en la casa de mis abuelos, Esteban y María. Mi madre, angustiada, se acostó apenas terminamos de brindar, y recuerdo no haber tocado ni un poquito del vitel toné. Me sentía muy pequeña y muy triste.

Mi abuela me dio permiso para ir a saludar a unos amigos de mi primo del barrio que habían venido a brindar después de las doce. Sin ese permiso, “sin tus permisos, María”, esta historia no sería la misma.

Lo vi llegar en el auto de su hermana mayor, un Ford K muy blanco y muy ruidoso del 2004. Quise correr, pero sabía que esos recursos ya no eran efectivos y me harían quedar como una sociópata. Lo vi. Me vio. Y con 15 años, Juan me dio un beso a los cinco minutos de habernos visto. Pero no fue suficiente, así que terminamos besándonos toda la noche. No regresé a la casa de mi abuela, y con mi primo, inventamos que me había quedado dormida en la casa de mi tía. Volví cual exiliada al mediodía para almorzar en familia; mi madre estaba furiosa a causa de mi ausencia y de un permiso que no había dado.

¿Qué importaba? Habían sido las horas más rápidas, más dulces y más hermosas en un contexto familiar difícil. Juan fue una bocanada de aire fresco y yo, que no sabía besar, había aprendido rápidamente.

La parte mágica del relato es que de verdad había sentido que era lo más parecido al amor que había experimentado. Estaba asustada. Amor y miedo: mismo sintagma.

Confieso que siempre fui algo miedosa, y ante la duda de si la conexión había sido real, convertí todo lo que había pasado en la madrugada en un recuerdo. Pensaba y pensaba en Juan sin decirle nada a nadie mientras comía pan dulce, vitel toné y nueces. Ansiedad posromance sin permiso.

Eran las seis de la tarde del 1.º de enero de 2015 cuando escuché el timbre de la casa de mi abuela. Era Juan que quería hablar conmigo, y yo no entendía absolutamente nada.

¿Cómo sabía que vivía allí? ¿Qué hacía en la casa de mi abuela? ¿Qué quería este hombre?

Le pedí permiso a mi abuela mientras mi madre discutía con mi padre en el jardín y fuimos a dar una vuelta por el barrio.

—Estoy enamorado de vos, Cande, pero me tengo que ir. Mañana salgo de vacaciones un mes y medio con mi familia y vuelvo en febrero. ¿Me prometés que me vas a esperar?

¿Enamorado? ¿Qué era todo eso del amor? Instintivamente le dije que sí, que lo esperaba, pero que “vayamos viendo”. Los dos teníamos celular, obsequio de Navidad, e intentaríamos escribirnos mediante mensajes de texto. Juan me acompañó a la casa de mi abuela y me dio el abrazo más largo del planeta.

Transcurrió todo enero en Buenos Aires y en la casa de mis padres, al borde de su peor separación, en un clima afectivo bélico. Sonaba *Café Tacvba* en MTV, *Eres* era nuestra canción. Porque Juan se había convertido en mi mejor pensamiento y era la primera vez que le quería dedicar esas palabras a

alguien. Su cariño a la distancia me hizo fuerte y perdí interés en todo, excepto en su amor y en la promesa de un futuro juntos. Tenía 14 años y hubiera corrido cual Forrest Gump hasta Mar del Plata por un beso. Las distancias jamás me importaron en asuntos del amor.

Juan me rompería el corazón y yo a él, más de una vez. Cuando a los 23 años nos separamos, casi una década después, lloré días y madrugadas, en el peor de los insomnios y de los duelos. Entender que lo nuestro había sido una historia de amor real, pero que había terminado, me costó anginas, alergias, vómitos y borracheras.

Dejarlo ir, porque lo dejé ir, fue una de las cosas más difíciles que experimenté. Fue dejarme ir, y eso me incomodó muchísimo. No quería crecer; tenía que hacerlo, pero no podía o eso sentía. Sabía que no podía crecer con él a mi lado.

Le dediqué drogas, alcohol, sexo con hombres que no me gustaban, textos en Tumblr y canciones.

Dejar ir es cumplir cierta condena: la libertad puede ser vértigo y droga.



Buenos Aires, 2017. (Barracas - La Boca)

“Vivir feliz es una ingenuidad. A veces comprendo que todo eso lo voy a arrastrar siempre. Son como tatuajes que uno se graba muy adentro y ya no se pueden borrar. Están ahí para siempre”.

Pedro Juan Gutiérrez



FOTO: GUILHERMO DAMORE



Cuando me preguntaban: “¿Hace cuánto te separaste?”, respondía siempre lo mismo: “Dos meses”. Dos meses que para mí habían sido como vivir otra vida dentro de una vida y, al mismo tiempo, nada. Cuando hacía el cálculo mental, deseaba profundamente que fuera mucho, pero mucho más. Es que dos meses quizá sea poco y sesenta días es un montón. Es el tiempo y sus dimensiones de ciencia ficción, de línea narrativa al estilo *Mulbolland Drive*.

Cuando amanecí el 25 de mayo de 2017 en el *loft* que alguna vez había sido de los dos y ahora intentaba con todo mi esfuerzo que fuera de punta a punta mío, no consideré que estaría pensando todo el día en la dimensión del tiempo: dos meses. Nada. Mucho. Ninguna de las dos hipótesis era válida.

En los dos meses luego de “el drama”, casi no había visto a Felipe, solo en tres ocasiones. Esta es la cronología de los hechos:

1) Una semana después de “el drama”, fuimos un domingo por la tarde a beber té para mí, limonada de jengibre para él, a un bar que le tengo mucho afecto, que se llama Hierbabuena, en avenida Caseros.

2) Una mañana que causalmente yo estaba en el departamento y él vino a buscar algunas cosas suyas. Ese mecanismo de mudanza lenta duró una cierta cantidad de ocasiones, el 99,9 % de las veces sin mi presencia, excepto ese miércoles. Él parado empacando, yo sentada en la cocina.

Fumé cinco cigarrillos al hilo y maldije, llorando y a los gritos, ese presente de mañana de otoño en el que llovía sin parar.

Cuando no querés vivir el presente y está ahí, recordándote todo lo que transcurre y no podés creer que “eso” sea lo real... es la peor de las sensaciones. Es querer fugarte del presente. Es saber que esos tatuajes del dolor te acompañarán, probablemente, siempre.

3) Otra mañana de otoño también pero de sol, cuando Felipe vino a buscar el resto de sus cosas, que yo había seleccionado y colocado en cajas o bolsas de residuos previamente. Mi casa era una locación de *Criminal Minds*. Bolsas de residuos y peleas por la cafetera.

Esa última mañana, Felipe me dejó encerrada en el patio sin querer; yo estaba allí hablando por celular y fumando. Los hábitos nocivos postseparación son como mejores amigos: una angustia te lleva a un mal hábito y así consecutivamente.

Teníamos llave en la puerta que daba al patio para que no se escapara el gato que habíamos adoptado en octubre del año anterior, y cuando Felipe se fue, cerró la puerta por la fuerza de la costumbre.

Pensar que había salido para no ver la escena del crimen y ahora tenía que llamarlo para entrar. Algunas veces es mejor salir del registro del dolor, no ser masoquista con un presente que sangra.

Tras “el drama”, todo se transformaba a pasos tan agigantados que sentía aquella primera vez que nos habíamos visto como parte de un pasado medieval. Después de casi cuatro años en nuestro historial, tres convivencias y millones de proyectos de trabajo, ahí estábamos, peleando por una cafetera, que también tenía su antigüedad.

¿Qué había sido de nosotros? Había comprado la cafetera en un *shopping* a los pocos meses de haber ingresado a trabajar en un ministerio y en la abundancia del año 2014. Adquirí dos cafeteras idénticas color rojo Lynch. Una para nosotros, para el *loft* de Recoleta, y otra para mi papá.

—No te lles la cafetera, Felipe. Te dije mil veces que la cafetera no —le apunté.

—Si la pagué yo. Y no te hagas la viva que te estás quedando con los muebles de mi abuela —me respondió.

Unas semanas atrás, cuando Felipe había ido al departamento de Barracas a buscar una muda más de ropa, vivía en el sillón de su amigo y no en el departamento de Belgrano que luego alquiló, me dijo que me quedara con todo.

—Vos vivís en un *loft* de cien metros, Cande. Yo en cuarenta metros. No tengo espacio para nada. —Fueron sus textuales palabras.

En ese entonces, habíamos pactado una división de bienes con muchos de los muebles que efectivamente eran herencia de su abuela o bien herencia de los casi ocho años que había vivido solo en el *loft* de su familia en Recoleta, y que yo también había habitado... pero ese cuento es muy anterior. A mí me daba todo igual: se estaba rompiendo nuestro proyecto de vida. Al carajo los muebles. La cafetera era otra historia. Sentía que si la dejaba ir, todo se derrumbaría sin retorno posible.

Todo “eso” no era mío y casi no había forma de reconfigurarlo. O eso pensaba, anticipándome al futuro. Fueron varias madrugadas de insomnio corriendo muebles por la casa. Hasta la “barra”, un mueble que Felipe había hecho diseñar cuando vivía solo y que me gustaba pero no lo sentía propio, ya tenía mi marca registrada.

Reconfigurar la casa fue una terapia, una forma de sobrevivir. Levantarse cada mañana y contemplar todas sus cosas, que se habían convertido en “nuestras” cosas, era una puñalada. ¿Por qué no se llevó nada? Quizá quiso abandonar todo lo de los tres *lofts* en los que habíamos vivido juntos o efectivamente no tenía espacio, ni tiempo, ni ganas de trasladar los muebles desde Barracas hacia su flamante departamento de Belgrano en una torre a estrenar.

En concreto o en metáfora: se estaba yendo sin nada. Nada de lo que había sido nuestra vida entraba en su nuevo espacio. Me dejaba a mí, como si aquello fuera una victoria, las mesas de luz de su abuela, una batidora que no sabía ni sé usar y varios utensilios de cocina que jamás sacaría del cajón.

En dos meses, Felipe había firmado contrato con una nueva vida, en otro barrio, uno muchísimo más acorde a su situación laboral como gerente en un restaurante del acomodado barrio de Belgrano. Yo me había quedado en Barracas, en un *loft* gigante que era aún más grande sin su ropa, la cafetera de los dos, sus ollas, sus vasos, sus platos, sus perfumes, sus libros de tatuajes, sus calaveras, sus vinos y sus vodkas. El resto era “mío”, incluso las mesas de luz de su abuela; me tuve que acostumbrar a dormir con una a cada lado de la cama.

Históricamente, en todos los departamentos que habíamos compartido, con la misma cama como denominador común, yo dormía del lado derecho y él, del izquierdo. Recién mudados, había ido a una masajista en Barracas que me había dicho que debería ser justamente al revés: que la energía femenina circula de izquierda a derecha. O no me acuerdo. O quizá lo aprendí mal. El feng shui: como si eso solucionara nuestros problemas. En cuestiones del amor, hasta las personas más racionales creemos en soluciones dignas del realismo mágico.

Se lo comenté a Felipe y estuvimos los siguientes meses a punto de cambiar de lugar. Él no tenía problema alguno, pero nunca lo hicimos porque nos daba pereza correr las cosas de la mesa de luz y porque nos quedábamos dormidos mirando *The Crown* o *Narcos*, las dos series de aquel verano de 2017, entre Netflix y HBO.

Cuando los primeros días de marzo nos separamos de forma abrupta, yo leía en ese entonces un libro que había comprado por Amazon en España; las razones de por qué lo había comprado son fantásticas.

Había leído un extracto en una cuenta de Instagram de una chica española que recomendaba libros y había llamado mi atención. Era una novela y hacía muchísimo que no leía una novela de verdad. No sabía nada del escritor ni del contenido. Cuando hice el pedido que envié a Andorra, coloqué en la bolsa digital de compras: una cajita con sobres de té de Ladurée que me había arrepentido de no comprar días atrás en París; un protector rosa pastel para la Mac que había comprado en Apple París; un teclado en francés del cual ya soy amiga; y *El Libro de los Baltimore* del escritor suizo Joël Dicker.

Cuando comencé el libro, el protagonista, Marcus, escritor en la ficción, en su propia historia y testigo de los hechos, nos sumerge en ese concepto de antes y después de “el drama”. Va y viene, inventa, crea, configura a sus personajes, nos lleva a Baltimore, a Nueva Jersey y a Boca Ratón, y entre párrafo y párrafo, menciona “el drama”.

La tapa es horrible: no hay un criterio estético que justificara comprar esa novela que hoy tiene toda la cubierta lastimada por las garras de mi gato Roll.

Nunca hubiera podido metabolizar la importancia de aquella novela en mi vida. Gracias al suizo Joël Dicker, conocí a la chica que lo había recomendado en Instagram, un año más tarde, en un cafecito de Barcelona. Y en ese encuentro, tomé la decisión de irme a vivir a España. Vaya historia.

Hay más: aquel recurso del drama, de lo no dicho, o de anzuelo literario para saber qué habrá ocurrido, me transportó a mi primer taller de escritura de la universidad. Cursé esa materia anual durante el año 2010, y en aquellas clases, además de conocer a Elián, leí un cuento de Hemingway llamado “Colinas como elefantes blancos”. Es un cuento precioso donde la estrategia que teníamos que aprender como futuros escritores era escribir sobre lo no dicho sin necesidad de contarlos de forma explícita, pero dejando deliberadamente tantos detalles en la historia como para confiar en que nuestros lectores serían capaces de entender cuál había sido “el drama”.

El Libro de los Baltimore está en mi mesa de luz junto a una edición de colección que compré en Madrid de *Orgullo y prejuicio*, y *Alice's Adventures in Wonderland*, que traje de Londres; es un libro que está a la altura de Jane Austen y Lewis Carroll en cuanto al nivel de influencia en mi existencia como lectora.

Cuando ese suizo, que era un desconocido para mí, empieza a jugar en su novela con “el drama”, la lectura se torna desesperada. Porque es una pluma exquisita, prolija, con su equidad de caos y de orden.

Reconozco que cuando llevaba a pasear la novela del suizo a la pileta del edificio de Barracas, quería saber de qué trataba el drama. Todavía me surgen dudas y la realidad es que no tengo ninguna hipótesis de las razones por las cuales se separaron esos amigos, esos vínculos de ensueño de los 90 en los Estados Unidos.

Lo único que me atrevería a interpretar de aquel *american dream* es que el color de las rosas se fue extinguendo, y que las burbujas de *champagne* en The Hamptons, terminan por explotar. Es un libro que me gusta tanto y tiene una densidad literaria tan interesante que “el drama” da fin a la historia, lo cual —en definitiva— me resulta mucho menos atractivo que la razón o el hecho que impulsó el principio del fin.

No, no me gustan los finales. Eso también lo aprendí en mi taller de escritura: mis primeras notas fueron muy malas porque mi profesora Alicia insistía:

—Tenés que abandonar tus *happy endings*.

Me faltaba demasiado por sentir, viajar y procesar para entenderlo.

Resultaba extraño que en mi vida real, también estuviera atravesando mi propio “drama”; un giro dramático que provocó que en dos meses decidiera no vivir más con el hombre con el que había compartido tres departamentos, en tres barrios distintos, durante casi cuatro años. Entonces: ¿dos meses era mucho o poco tiempo?

Recuerdo que pedía, día tras día, que los días pasaran más rápido. Porque el tiempo es el parámetro lamentable con el cual vivimos buena parte de nuestras experiencias. Es lamentable porque aunque suene a cliché o frase armada, uno necesita del tiempo para cerrar giros dramáticos. No hay otra forma. Es entonces cuando imploraba: “Que pase más rápido”.

Si había vivido varias vidas en dos meses, no sabía qué pasaría en medio año, pero, por favor, que pasara rápido.

Una noche de melancolía y malbec, le recé a una vela de jazmín blanco y al amuleto de Francisco que me había traído del Vaticano: “Que pase rápido. Dios, que pase”.

No rezaba desde la secundaria y cuando lo hacía, por ese entonces, era por cumplir con mi colegio y con la institución de la Iglesia. Sin ninguna conexión real con Dios, con la fe, con nada ni con nadie.

Esa noche en Barracas, le pedí a Dios que me diera fuerza para no desmayarme en la vía pública porque estaba demasiado abstraída por el recuerdo,

por el exceso de alcohol y por la ausencia de comida. No tenía hambre y no me importaba admitirlo. En algún momento, mi apetito volvería.

Una semana después de los iniciales sesenta días, comenzó ese proceso. No sé si Dios me había ayudado, pero por fin tenía ganas de comer. Ganas sinceras de comer una milanesa con papas fritas. De un Campari con empanadas. De un plato gigante de ravioles de espinaca y nuez, que compraba mi amiga Evangelina y comíamos cada sábado en el nuevo ritual *from* Barracas.

Me volví creyente de vaya a saber qué cosa porque necesitaba tener fe. Hacía meses que pensaba, aún con Felipe durmiendo del lado izquierdo de la cama, que quería retomar el contacto con alguna fuente de fe. Después de todo, había asistido a un colegio católico y vasco, tenía todos los ritos en mi haber, y desde los 8 hasta los 12 años, me había encantado ir a la iglesia y formar parte de todas sus experiencias.

Siempre recuerdo con cariño los retiros espirituales: Dios y mucha comida. Pero eso fue antes de convertirme en universitaria y de comprender toda la basura que la Iglesia le había hecho a la humanidad. Luego de siete años de educación en la UBA, comencé a sentir que Dios estaba ahí apretando pero no ahorcando del todo. Sentía tanto esa presión que, a diferencia de muchos creyentes, me volví agnóstica de corazón pero no de fe.

En ese entonces, era cuando más necesitaba creer: necesitaba tener fe. Comenzar de una vez por todas, mi fallido y obligado proceso de introspección.

Magdalena vino a mi rescate. Esa operación incluyó que se quedara en mi departamento. Yo no podía, por ese entonces, pensar con claridad, y me daba miedo escribir. Esos monstruos me mataban por dentro: escribir es lo que siempre le había dado cordura a mi vida.

Pensé que en algún momento escribiría sobre “esto”. Sin embargo, durante la primera fase, en marzo de 2017, necesité de mucho ruido, opiniones, distracciones y varios Old Fashioned, para intentar pensar. Y dialogar con mi propia neurosis, mi amiga más leal.

Magdalena se incorporó del lado de Felipe. Yo seguía durmiendo en “mi lugar”. Puse sus cosas en la mesa de luz de Felipe: su perfume Guerlain, sus lentes de contacto, sus anillos y su clonazepam.

Convivimos casi un mes; nunca fue un acuerdo claro, ni hablado, sino más bien algo tácito. Por mi parte, necesitaba trabajar para vivir y hacerme cargo de todas las cuentas que debía financiar. Como ese trabajo tenía que ver con la exposición en las redes sociales, necesitaba una amiga que me ayudara adelante del *flash* y para cuando quisiera beber hasta no poder hablar de lo mucho que odiaba a Felipe. Una amiga que archivara el chat de Felipe en WhatsApp.

Ella traía bolsos con ropa; latas de atún La Campagnola de la casa de sus padres, que ninguna de las dos pagaría en el supermercado; su champú

y acondicionador neutros; algunas tangas; y sus apuntes de la universidad, que quedaba a poquitas cuadras del departamento. Era una situación ideal; Magdalena ya había pasado mucho tiempo en mi casa unos meses atrás.

Su situación de no terminar la universidad, de tener 27 años y depender económicamente de sus padres, comenzaba a ser más y más tensa. Mi casa se había convertido en un refugio de los gritos, las peleas y las discusiones.

Muchas veces se quedaba a dormir en el sillón: Felipe aún dormía conmigo y cada uno sintonizaba su propio canal. Mi memoria no recuerda qué sentí exactamente en el peor fin de semana de mi vida, pero sí que él miraba *Sons of Anarchy*, *Magdalena* y *Big Little Lies*, y yo, *Girls*. Los recuerdos son caprichosos.

Los tres nos juntábamos en el sillón para ver los estrenos semanales de *The Walking Dead*, casi el único momento en el que cada uno no estaba sintonizado a su propio canal. Era un poco *Black Mirror*, tercera temporada.

Aunque no podría afirmar que era una convivencia de hecho, Magdalena estaba mucho en Barracas. Y de pronto, me encontré viviendo con ella en mi casa.

Yo no sabía dormir sola. La primera noche que tuve que hacerlo, un domingo, hice un plan tras otro para quedar tan cansada, tan rendida, que no tuviera más opción que dormirme y ya. Tal vez con ayuda de un cuarto de clonazepam. Tenía 27 años y había perdido esa capacidad.

Cuando adoptamos a Roll, el gatito de cuarenta y cinco días dormía de un lado a otro, entre Felipe y yo, aunque siempre terminaba eligiendo mi lado. Roll es el gato más afectuoso, cariñoso y atento que conozco. Cambió mi vida y mi sensibilidad con los animales. Pensé que nunca me pasaría y pasó: ser su madre felina es lo que hizo, junto a las velas, los rezos y el alcohol, que fuera un poco normal en esos días apestosos.

Un tiempito previo a “el drama”, Roll dormía casi toda la noche en mi cabeza, en mi almohada, conmigo. Jugaba un ratito por la mañana con Felipe, por lo general, entre las siete y ocho; después se metía primero en su ducha, porque tiene el don de ser un gato acuático, y luego en mi ducha, que era siempre más tardía.

Cuando viajé a París con Magdalena en febrero, Roll me extrañó noche y día. Yo también. Al segundo día de viaje, le compré en una tienda de Montmartre, dos patés para gatos; así supe, oficialmente, que Roll me había elegido como madre y dueña de su afecto. Felipe no puso en duda ese amor cuando se tuvo que ir de Barracas y dejar a Roll bajo mi custodia.

El drama también arrastró a Magdalena. Tras distanciarme de ella, llegó la noche de dormir sola por primera vez. Entré a las once de la noche

al departamento casi al borde del desmayo, me tomé 0,5 gramos de clonazepam y me puse el pijama. Me surgió la duda existencial: ya no estaba Felipe, tampoco Magdalena. ¿De qué lado me acuesto? Y de forma espontánea, me salió el izquierdo. El lado que me había sugerido la masajista de Barracas; la que me había dicho: “Tenés vacío de corazón”.

La verdad es que nunca había tenido conflictos para conciliar el sueño. Pero lo que no estaba allí, eran los cariños que Felipe me hacía en la cabeza, los chistes que al otro día me contaba: “Te dormiste al instante de que tiraran la bomba en la Casa Blanca”, “Roncaste como el bebé que vimos en el video de Facebook”, “Roll te hizo mimos toda la noche en la frente”.

Estaba sola y miraba el techo altísimo de mi casa. Era la primera vez que, efectivamente, vivía y dormía sola, del lado izquierdo de la cama.

Cada mañana hacía la cama de mi lado. Es una imagen que me sigue dando pena porque no lograba despatarrarme y sentir que las dos plazas eran “mías”. Es en las pequeñas cosas, en las más banales, en la cotidianidad, donde el recuerdo asesina.

Había un fantasma que me perturbaba, era como si todavía hubiera algo “ahí”, y me metía por inercia en el lado izquierdo que había sido de Felipe. Los primeros días, abría el cajón de la mesa de luz y me encontraba con todas sus cosas. En la transformación del hogar, fui corriendo todo de lugar.

Aún me faltaba terminar *Girls*, así que esas primeras noches de adaptación, miraba HBO y comía alguna cosa para subsistir: milanesas al horno de un *tupper* que traía de la casa de mi mamá; empanadas de queso y cebolla de La Carreta; *pizza* de *mozzarella* de Los Campeones; y cuando el pronóstico era más triste aún, me preparaba un pan árabe con queso.

Pensé que sería mucho más difícil, pero en algunos días, ya dormía fabulosamente bien. Si la ansiedad me aturdía, acudía a otro capítulo de *Girls*, leía algo de *El Libro de los Baltimore* y un poco más de clonazepam.

Trataba de no leer porque prefería estar en mi mayor momento de lucidez para subrayar la vida de los Baltimore; es más, terminaría ese libro en el escenario más impensado: Varadero, Cuba, en septiembre de 2017.

Ya no sabía cuál era el programa de televisión que miraba Magdalena. Sentía que aún la podía ver en el sillón, con mi iPad y los auriculares; me veía a mí con los míos y a Felipe con los suyos. Ahora todo era distinto. Estaba sola en la cama con *Girls* a máximo volumen, con un Kit Kat en la mano, mi gato Roll en la cabeza o en el pecho, y un pedazo de *pizza* apoyado en la mesa de luz, junto al vaso de Disney con el que tomaba agua para hidratarme las noches que no consumía alcohol por trabajo o para no pensar.

Cuando amanecía y corría las cortinas *black out*, le preguntaba al afuera: “¿Y hoy cómo está el clima, Barracas?”. Si estaba gris o si había sol, porque por dentro sentía a los dementores de Rowling... dementores afectivos. Me duchaba con Roll, me ponía la bata rosa con corazones que tengo desde hace años, producto de mirar *La niñera* en mi infancia, bebía casi medio litro de la pócima que preparaba con té verde y miel orgánica, y comenzaba un nuevo día. De fondo, sonaba el Indio Solari, Ariana Grande, Cerati, Aretha Franklin, Calle 13...

*Y quién determina lo bueno y lo malo,
lo poco saludable y lo sano.
[...]
En esta vida me castigaste,
me robaste el tiempo, me recagaste.
Mi culpabilidad es como una pecera vacía.
Cómo juzgar al sol por salir de día.
Si mis tristezas te causan alegrías,
es porque tus reglas son distintas a las mías.
Creo en todo lo que veo,
y aunque soy ateo,
rezo pa' que nunca me pase algo feo.*

LinkedIn existencial: 27 años, viviendo forzosamente sola por primera vez. El “drama” me había dejado la elección de continuar mi relación con Felipe como fuese o de intentarlo sola. Decidí la opción B, así que cuando Magdalena se fue, sentí que se cerraban muchas puertas psíquicas al mismo tiempo. Nuestra relación había tenido varios altibajos y las dos habíamos cambiado mucho en esos diez años de amistad.

Quizá ese fue mi mayor error perceptivo: yo había cambiado, en muchos aspectos. Ella seguía siendo la misma persona que estudiaba en la universidad, que vivía con sus padres y que era “hija”.

Esas noches del lado derecho mirando *Girls*, volví a sentir un paralelismo. No sé si cuando escribimos nos trastornamos con la búsqueda de sentido, pero estoy convencida de que esas series, esas historias y esos personajes de ficción, algo me vienen a contar, están en la misma sintonía que el escenario real.

El ocaso de los vínculos por la envidia, los celos, las frustraciones, las elecciones. Esa idea disparatada y fantástica de haber ido con Magdalena a pasar unos días al invierno europeo, que fueron parte del fin de todo un ciclo luego de una convivencia que no funcionó,

Durante el primer mes, estuve muy enojada. En algunas ocasiones con verdaderos raptos de furia, notables, que me dejaban llorando y con taquicardia.

En otras, no me daba cuenta de qué me pasaba. Estaba demasiado aturdida en los planes con amigos en Presidente Bar, con cervezas, vinos, Old Fashioned y Negronis, como para dimensionar mi estado.

Sabía que estaba separada. Que estaba viviendo sola. Que se había terminado. Cada arista no se unía con la otra y, tal como Jon Hamm en *Mad Men*, era una caída en cámara lenta. Era mi propia introducción a la temporada más etílica y ruidosa de mi vida.

Me aferraba a la idea de que mi corazón aún era fuerte, en todo sentido. No podía hacer un duelo así por siempre.

Salía con algunas personas pero no tenía ni idea de cómo relacionarme con alguien después de cuatro años de monogamia; el fin de una traición tiene cierta cuota de estrés postraumático.

Me inicié en el camino de la soltería con conocidos de amigos que fueron apareciendo en mi intro *Mad Men*. Pensaba que no era la clase de persona que quería solamente sexo y luego huir, pero ¿estaba segura? Toda mi adolescencia había sido con Juan. Y parte de mi primera adultez con Felipe. Sí, quizá era la clase de persona a la que le gusta tener una relación, estabilidad, que la busquen por la puerta del colegio/universidad/trabajo para comer juntos algo rico.

Antes de regresar a la monogamia, había algunas cosas que tenía que aprender: pedagogía de la soltería de la era *millennial* en la histórica Buenos Aires.

Estaba enojada, de forma pasivo-agresiva, con mi presente de comunicadora exitosa, que asistía a los eventos más importantes de la ciudad y tenía que sonreír en las fotos cuando a veces tenía ganas de vomitar.

En el éxtasis del *flash*, mis escritos en Instagram tenían cada vez más aceptación y me llamaban de casi todas las agencias de publicidad para pagarme una suma importante de dinero por poner mi cara en la campaña de una marca de protectores diarios, del último *sérum* del mercado o del aperitivo de moda. Fue en ese confuso período que logré superar los 100 mil seguidores. Para festejar, me filmé bailando un video de Gilda... “Todo eso fuiste, pero perdiste”.

Me había separado, lo sabía todo el mundo y a diario me atormentaban buscando una respuesta que no quería dar para preservar el mínimo recuerdo feliz de Felipe y Candela en *social media*. Para que me doliera menos su lado de la cama.

No tenía problema en conocer a otros hombres, en llevarlos a mi cama y que me abrazaran toda la noche. En ese *casting* de la pedagogía de la solte-

ría, fui intentando descifrar qué era lo que me pasaba: no sentía el mínimo sentimiento de cariño por ninguno. Me comportaba como una egoísta que necesitaba adulación y que me dijeran:

“Estás fantástica. Nunca estuviste más linda”.

“A vos te sobran hombres. Tenés una hilera”.

“Sos una bomba sexual y mental”.

“Tené cuidado porque vos sos la clase de mujer de la cual un hombre se enamora”.

Cuando estaba ante esos enunciados, tenía el sentido del humor de Tina Fey, la capacidad de Simone de Beauvoir, la visión de Lena Dunham, la mirada de Sofia Coppola, la sensualidad y el cuerpo de Emily Ratajkowski, y el poder mediático de Oprah. Pero apenas se me iba esa cocaína del ego, volvía a ser Cande Sanchez, como me decían en todos lados. La chica de Instagram que escribe. La *influencer*. La comunicadora digital.

Yo quería escribir mi libro, y en lugar de eso, me distraía con Magdalena, con Felipe, con las mudanzas, con los viajes, con el ministerio... Como no podía hablar, no podía curar, y lo que tenía que hacer era trabajar para pagar las altísimas expensas del departamento de Barracas, las compras del supermercado, el presupuesto mensual de té verde que ingería, los *chai latte* con leche de soja de Starbucks, la cuenta de Spotify, los taxis de madrugada para regresar de los bares, mi suscripción a HBO, internet, la obra social y casi todo lo demás. Todo eso no era más que humo, resaca y ruido. Me tenía que sentar a escribir. A entender y sanar.

Como la pulsión de aniquilación es grande, pero no lo suficiente para correrme de todos mis planetas, venían a mí enunciados que eran disparadores de capítulos: “Tuve anginas siete veces en 2012. No podía hablar”. Se me ocurrían *posts* para Instagram según estas ideas y anotaba otras ocurrencias en el *block* de notas del celular.

Cuando tomaba el coraje de hacerme cargo de que tenía que escribir, escribía mis propias ideas; sin embargo, casi nunca las necesitaba.

Hacerse cargo de a qué venimos a este mundo es una tarea dramática. Aún con 100 mil seguidores que me pedían a diario un libro, que sostenían mi material día a día; y yo pensaba que todo lo que hacía era horrible. Me pasaba como con los hombres y su visión sobre mí. La fama digital tenía una suerte de efecto cocaína y, al ratito, volvía a estar sola en el lado izquierdo de la cama, con Roll cada vez más grande durmiendo en mi cabeza, chocolates con menta y cigarrillos blancos.

Me la pasaba aniquilando mi futuro como escritora. Mi futuro de ser un canal. Y con mis mensajes llegar a “algún lado”. Sabía perfectamente lo que era el autoboicot, y es por eso que tengo, como dice Fitzgerald en *El gran Gatsby*, “la autoridad del fracaso para hablar”.

De cierta forma, en el plano digital estaba logrando cierto éxito, pero quería pasar al tradicional. Quería sentirme un ratito Joël Dicker y que me publicara una editorial para que el libro, ese fetiche, fuera lectura para “alguien” en su mesa ratona, en su mesa de luz, en alguna biblioteca o rincón.

En verdad imaginaba una tapa espectacular. Siempre supe los colores.

—Amo esta canción y la amo a ella.

—Yo también. Mirá la onda que tiene esta mujer.

Magdalena hacía un pasito como una niña frente a la TV mientras sonaba *No Lie* de Sean Paul y Dua Lipa, y yo calentaba agua para unos mates, haciéndome la distraída de su baile.

Me quedó la maldita muletilla de decir, cada vez que pasan el video: “Amo esa canción”. Me lo hizo notar una vecina un domingo que vino a tomar mate.

—Cada vez que pasan *No Lie* hacés el mismo comentario y volvemos a hablar del futuro de Dua Lipa. Es monotemático.

Así era. Porque la veía a Magdalena haciendo el paso ridículo mientras yo calentaba el agua, y nos veía durmiendo en la cama que antes había compartido con Felipe, y nos veía comiendo arroz con atún.

Cuando terminé el libro de Dicker en Varadero, Cuba, me quedé con el final:

“Todo queda olvidado. [...] Todo quedado perdonado. [...] Todo queda reparado”.

Hoy puedo escuchar *No Lie* y reír. Pude reparar y narrar que sin la palabra no hay registro de la memoria, pero que de la memoria, hay que saber elegir con qué recuerdos debemos quedarnos para seguir. Me quedo con los bailes, los mates, las caricias del lado izquierdo de la cama de Felipe. No necesité de otra religión más que la del perdón. Ni feng shui, ni más Bourbon, ni ansiolíticos para no pensar, para no sentir. Perdonar. Perdoné en septiembre en una playa cubana. Todo queda reparado.

“Querida Alicia: algo aprendí, porque estoy comenzando este libro con un final. No precisamente uno feliz, pero sí uno que me dio las estructuras para elegir sobre mis memorias. Transformé mi basura en *happy endings*, un final feliz para mí, sin perdices ni para siempre. Gracias”.

